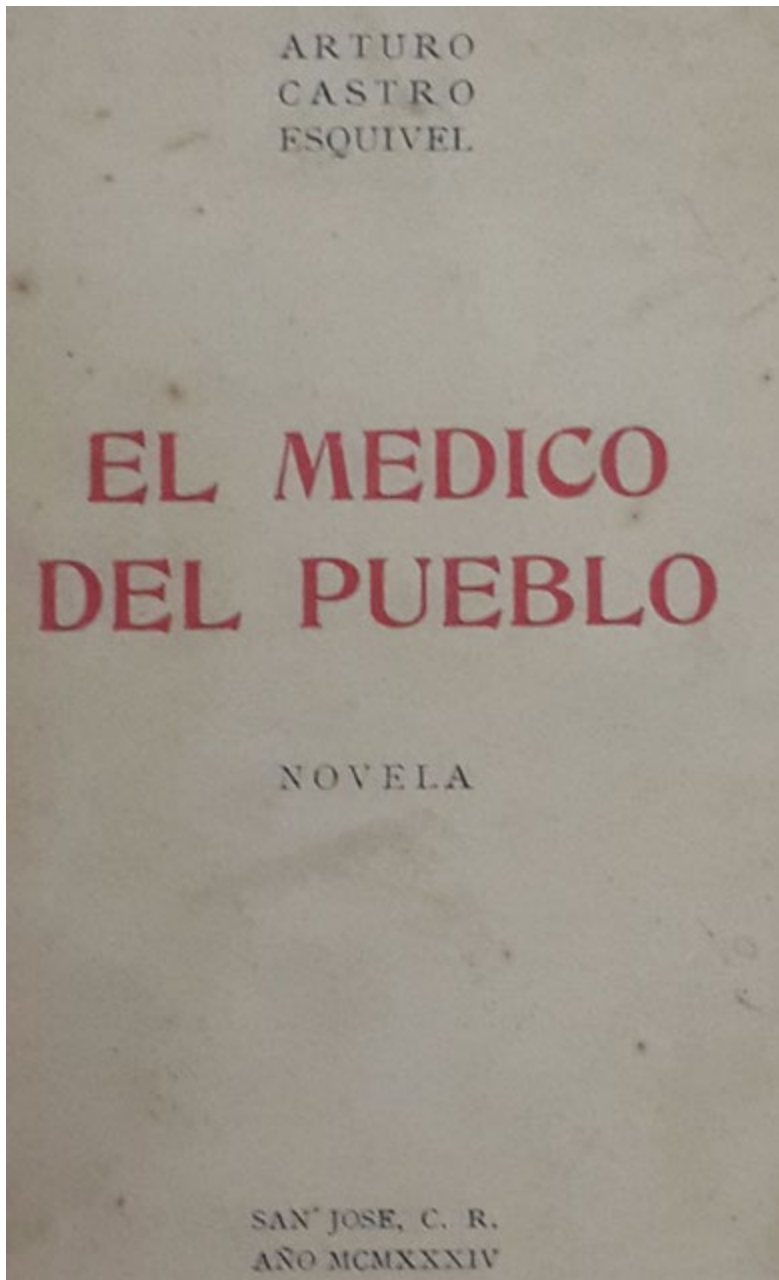


81 El médico del pueblo

Arturo Castro Esquivel



Obra de juventud, la llama el autor en la primera página. La juzga llena de imperfecciones. Solicita perdón por no haber resistido al impulso de verla publicada.

Es hija de esa edad en la que todo es fantasía, en la que las cosas deben ser admiradas al través de un sutil velo color de rosa.

El lector, ante esas sinceras manifestaciones, se introduce con cierto temor, con cierta desconfianza, en la lectura del libro. Hay intenciones de abandonarlo en la primera ocasión que se presenta.

Sin embargo, nada de eso sucede. El milagro produce la naturalidad con la que las cuartillas han sido redactadas. La sinceridad que el novelista ha ido poniendo en cada uno de los momentos de su relato magnífico.

Un joven doctor recién graduado en Madrid, se siente atraído por los encantos corporales de Estrella Harris, una muchacha que parece nacida para confirmar aquello de Milton: *ese bello defecto de la naturaleza, la mujer*. Porque Estrella es coqueta. Le encanta hacer sufrir a quien le demuestra cariño. Cree que su belleza admirable lo puede todo. Como es natural, quiere probar hasta dónde llega ese imaginario poderío.

El joven doctor, que no es de los que se prestan para servir de juguete ante los caprichos de una mujer, por más sugestiva que ella sea, rompe el hechizo que de su alma empezaba a apoderarse. Se va al campo, a ejercer la medicina en un ambiente rural costarricense descrito con maestría.

El autor, con deliciosa naturalidad muy suya, nos presenta diversos tipos de nuestra vida campestre. El Jefe Político de rectitud calderoniana. Su hija María Luz. Dieciocho años llenos de encanto y de dulzura. La maestra de escuela de esas que no aceptan nada nuevo en educación. Su marido, el joven normalista que sufre, con paciencia, las flaquezas y las gorduras de la pretenciosa media naranja. El procurador judicial, de nariz aguileña que en todo ha de meterse. El señor Cura, alto, fornido, de rostro severo y de alma bondadosa, en cada una de las ovejas de su rebaño espiritual, cree encontrar reminiscencias del carácter de sus conterráneos: los aragoneses que son de una pieza cuando piensan y cuando quieren. Por algo aquellos y estos son toda energía, honradez y sinceridad. Así, como en el corazón de su España siempre querida, nunca olvidada, ve surgir, a cada paso, jotas espontáneas en su belleza, así, en este su dominio espiritual, tan lejano de otro, presencia el brote natural de canciones que nacen en el alma y que al alma vuelven saturándolo de la necesaria serenidad.

Sentimos el sortilegio de las campanas y vamos tras su llamado alegre para escuchar la misa mayor que, en nuestros campos, es el acto de importancia suma para las almas saturadas de religioso respeto de los labriegos sencillos.

Llenado todos los momentos del joven médico rural, la picardía, la viveza, la gracia nunca aprendida y jamás olvidada de una moza, inquietante flor de la serranía. Clara Luz se adueña, sin coqueterías, del corazón desconfiado del josefino haciéndolo desprenderse de las melancolías que le causaron las veleidades de Estrella.

Un idilio costarricense bellamente descrito. Un escenario admirablemente dibujado. Una serie de personajes, tanto de la montaña como de la ciudad, que demuestran el valor indiscutible de esa pluma exquisita.